

CHILE.

CHILE.



EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.



EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

---

ARAUCO DOMADO.

CANTO V.

Estaba á la sazón Caupolicano  
En un lugar ameno de Elicura,  
Do por gozar el sol en su frescura,  
Se vino con su palla mano á mano ;  
Merece tal visita el verde llano,  
Por ser de tanta gracia y hermosura ;  
Que allí las flores tienen por floreo  
Colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el Septiembre frío,  
Nunca el templado Abril estuvo fuera ;  
Allí no falta verde primavera  
Ni asoma crudo invierno y seco estío.  
Allí, por el sereno y manso río,  
Como por transparente vidriera,  
Las náyades están á su contento  
Mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando,  
Que por colar allí su luz febea,  
Con los tejidos árboles pelea,



Que al agua están, mirándose, mirando;  
Tal vez de ver que el viento respirando  
Á los hojosos ramos lisonjea,  
Tal vez de que los dulces ruseñores  
Cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantadas,  
Que van á dar al cielo con las frentes  
Y al suelo con sus fértiles vertientes,  
La deleitosa vera está fundada.  
¡Oh, quién tuviera pluma tan cortada  
Y versos tan medidos y corrientes,  
Que hicieran el vestido deste valle,  
Cortado á la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado  
Está de hierba y flores guarnecido,  
Las cuales muestran siempre su vestido  
De trémulos aljófares bordado:  
Aquí veréis la rosa de encarnado,  
Allí el clavel de púrpura teñido,  
Los turquesados lirios, las violas,  
Jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá con soplo fresco y blando  
Los dos Favonio y Céfito las vuelven,  
Y ellas, en pago desto, los envuelven  
Del suave olor que están de sí lanzando;  
Entre ellas las abejas susurrando,  
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,  
Ya de jacinto, ya de croco y clicie,  
Se llevan el cohollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinüoso,  
Hecho de puro vidrio una cadena,  
Por la floresta plácida y amena,  
Bajando desde el monte pedregoso;  
Y con murmurio grato sonoro  
Despacha al hondo mar la rica vena,

Cruzándola y haciendo en varios modos  
Descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados  
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,  
El sauce, el fresno, el nardo, el cipariso,  
Los pinos y los cedros encumbrados,  
Con otros frescos árboles copados  
Traspuestos del primero paraíso,  
Por cuya hoja el viento en puntos graves  
El bajo lleva al tiple de las aves.

También se ve la hiedra enamorada,  
Que con su verde brazo retorcido  
Ciñe lasciva el tronco mal pulido  
De la derecha haya levantada;  
Y en conyugal amor se ve abrazada  
La vid alegre al olmo envejecido,  
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,  
Con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas  
Las driadas, oréades, napeas,  
Y otras ignotas mil silvestres deas,  
De sátiros y faunos perseguidas;  
En álamos Lampecies convertidas,  
Y en verdes lauros vírgenes Peneas,  
Que son, por conocerse tan hermosas,  
Selváticas, esquivas, desdeñosas.

Por los frondosos débiles ramillos  
Que con el blando céfito bracean,  
En acordada música gorjean  
Mil coros de esmaltados pajarillos;  
Cuyos acentos dobles y sencillos  
Sus puntos y sus cláusulas recrean  
De tal manera el ánima que atiende,  
Que se arrebatada, eleva y se suspende.



Entre la verde juncia en la ribera  
Veréis al blanco cisne paseando,  
Y alguna vez en dulce voz mostrando  
Haberse ya llegado la postrera;  
Sublimes por el agua el cuerpo fuera,  
Veréis á los patillos ir nadando,  
Y cuando se os esconden y escabullen,  
¡Qué lejos los veréis de do zabullen!

Pues por el bosque espeso y enredado  
Ya sale el jabalí cerdoso y fiero,  
Ya pasa el gamo tímido y ligero,  
Ya corren la corcilla y el venado,  
Ya se atraviesa el tigre variado,  
Ya penden sobre algún despeñadero  
Las saltadoras cabras montesinas  
Con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos  
Por la frisada, tosca y dura peña  
En fugitivo golpe se despeña,  
Llevándose de paso los oídos;  
En medio de los árboles floridos  
Y crespos de la hojosa y verde greña,  
Enfrena el curso oblicuo y espumoso,  
Haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y transparente  
Las guijas y pizarras de la arena,  
Sin recibir la vista mucha pena,  
Se pueden numerar distintamente;  
Los árboles se ven tan claramente  
En la materia líquida y serena,  
Que no sabréis cuál es la rama viva,  
Si la que está debajo ó la de arriba.

Titán, al tramontarse, lo saluda,  
Tornando sus arenas de oro fino,  
Y para descansar de su camino

No tiene otro lugar á donde acuda;  
La verde yerba nace tan menuda  
Orillas del estero cristalino,  
Y toda por igual por donde quiera,  
Como si la cortaran con tijera.

Aquí ninguna especie de ganado  
Fué digna de estampar su ruda huella,  
Ni se podrá alabar de que con ella  
Dejase su esplendor contaminado;  
Tan solamente el niño Dios alado  
En esta parte vive y goza della,  
Y esparce tiernamente por las flores  
Alegres y dulcísimos amores.

Aquí Caupolicano caluroso  
Con Fresia, como dije, sesteaba,  
Y sus pasados lances le acordaba  
Por tierno estilo y término amoroso:  
No estaba de la guerra cuidadoso,  
Ni cosa por su cargo se le daba,  
Porque do está el amor apoderado,  
Apenas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca;  
La ociosidad por otro le convida  
Para comunicar á su querida  
Palabra, mano, pecho, rostro y boca,  
Y al regalado son que amor le toca,  
Le canta: «Dulce gloria, dulce vida,  
¿Quién goza como yo de bien tan alto,  
Sin pena ni temor ni sobresalto?

»¿Hay gloria ó puede habella que se iguale  
Con esta que resulta de tu vista?  
¿Hay pecho tan de nieve que resista  
Al fuego y resplandor que della sale?  
¿Qué vale cetro y mando, ni qué vale  
Del universo mundo la conquista,



Respecto de lo que es haberla hecho  
Al muro inexpugnable de tu pecho?

» ¡ Dichosos los peligros desiguales  
En que por ti me puse, amores míos!  
Dichosos tus desdenes y desvíos,  
Dichosos todos estos y otros males;  
Pues ya se han reducido á bienes tales,  
Que entre estos altos álamos sombríos,  
Tu libre cuello rindas á mis brazos  
Y á tan estrechos vínculos y abrazos.»

« ¡ Ay, Fresia le responde, dueño amado,  
Y cómo no es de amor perfecto y puro  
Hallarse en el contento tan seguro,  
Sin pena, sin temor y sin cuidado;  
Pues nunca tras el dulce y tierno estado  
Se deja de seguir el agro y duro,  
Ni viene el bien, si vez alguna vino,  
Sin que le ataje el mal en su camino!

» De mí te sé decir, mi caro esposo  
(No sé si es condición de las mujeres),  
Que en medio de estos gustos y placeres  
Se siente acá mi pecho sospechoso;  
Mas siempre del amor huye el reposo,  
Ó al menos está preso de alfileres;  
Que en la labor de un pecho enamorado  
Siempre es el sobrestante su cuidado.»

Caupolicán replica: « ¿ Quién es parte,  
Por más que se nos muestre el hado esquivo,  
Para que desta gloria que recibo  
Y deste bien tan próspero me aparte?  
No hay para qué, señora, recelarte  
Que en esto habrá mudanza mientras vivo,  
Y pues que estoy seguro yo de muerte,  
Estarlo puedes tú de mala suerte.

» Sacude, pues, del pecho esos temores  
Que sin razón agora te saltean,  
Y no te dé ninguno de que sean  
Menos de lo que son nuestros amores.»  
Con esto se levantan de las flores,  
Y alegres por el prado se pasean,  
Aunque ella, no del todo enajenado  
Su cuidadoso pecho de cuidado.

Descienden al estanque juntamente;  
Que los está llamando su frescura,  
Y Apolo, que también los apresura,  
Por se mostrar entonces más ardiente;  
El hijo de Leocán gallardamente  
Descubre la corpórea compostura,  
Espalda y pechos anchos, muslo grueso,  
Proporcionada carne y fuerte hueso.

Desnudo al agua súbito se arroja,  
La cual, con alboroto encanecido,  
Al recibirle forma aquel ruído  
Que el árbol sacudiéndole la hoja;  
El cuerpo en un instante se remoja,  
Y esgrime el brazo y músculo fornido,  
Supliendo con el arte y su destreza  
El peso que le dió naturaleza.

Su regalada Fresia, que lo atiende,  
Y sola no se puede sufrir tanto,  
Con ademán airoso lanza el manto  
Y la delgada túnica desprende;  
Las mismas aguas frías enciende;  
Al ofuscado bosque pone espanto,  
Y Febo de propósito se para  
Para gozar mejor su vista rara.

Abrásase mirándola, dudoso  
Si fuese Dafne en lauro convertida,  
De nuevo al ser humano reducida,



Según se siente della cudicioso;  
Descúbrese un alegre objeto hermoso,  
Bastante causador de muerte y vida,  
Que el monte y valle, viéndolo, se ufana,  
Creyendo que despunta la mañana.

Es el cabello liso y ondeado,  
Su frente, cuello y manos son de nieve,  
Su boca de rubí, graciosa y breve,  
La vista garza, el pecho relevado;  
De torno el brazo, el vientre jaspeado  
Columna á quien el Paro parias debe,  
Su tierno y albo pie por la verdura  
Al blanco cisne vence en la blancura.

Al agua sin parar saltó ligera,  
Huyendo de miralla, con aviso  
De no morir la muerte que Narciso,  
Si dentro la figura propia viera;  
Mostrósele la fuente placentera,  
Poniéndose en el temple que ella quiso,  
Y aun dicen que de gozo al recibilla  
Se adelantó del término y orilla.

Va zbullendo el cuerpo sumergido,  
Que muestra por debajo el agua pura  
Del cándido alabastro la blancura,  
Si tiene sobre sí cristal bruñido;  
Hasta que da en los pies de su querido,  
Adonde, con el agua á la cintura,  
Se enhiesta sacudiéndose el cabello  
Y echándole los brazos por el cuello.

Los pechos, antes bellos que velludos,  
Ya que se les prohíbe el penetrarse,  
Procuran lo que pueden estrecharse  
Con reciprocación de ciegos ñudos;  
No están allí los Géminis desnudos  
Con tan fogosas ansias de juntarse,

Ni Salmacis con Troco el zahareño,  
Á quien por verse dueña amó por dueño.

Alguna vez el ñudo se desata,  
Y ella se finge esquiva y se escabulle;  
Mas el galán, siguiéndola, zabulle,  
Y por el pie nevado la arrebató;  
El agua salta arriba vuelta en plata,  
Y abajo la menuda arena bulle;  
La tórtola envidiosa que los mira,  
Más triste por su pájaro suspira.

Estando en esto el uno y otro amante,  
Linfáticos haciendo ya del agua  
Á costa del amor chisposa fragua,  
Que á tanto suele ser amor bastante;  
Se les presenta súbito delante,  
Con que el presente gusto se les agua,  
La disfrazada furia de Megera,  
Hablando al general desta manera:

«No es tiempo agora, príncipe araucano,  
De darte á pasatiempos y placeres,  
Ni de rendirte al pie de las mujeres,  
Pendiendo todo el reino de tu mano.  
¿No ves el nuevo ejército cristiano,  
Que, sin respeto alguno de quien eres,  
Su huella imprime ya en la tierra tuya,  
Con vana presunción de hacerla suya?»

Quedó Caupolicán alborotado  
Oyendo novedad tan espantosa,  
Y Fresia despulsada y pavorosa,  
Su blanco velo en pálido trocado;  
Él la miraba atónito y pasmado  
Sin que decir pudiese alguna cosa,  
Y ella entre sí, mirándole, decía:  
«¡Esto era lo que tanto yo temía!»